

Una mujer así

Dr. Barbahan

27 de julio de 2009

Tenía unas chiches enormes y la fuerza de un tractor, y así como Sansón el israelita arrastraba multitudes de filisteos para partirles toda la madre, ella arrastraba multitudes de potosinos para cogerselos, porque ella trabajaba de eso, de puta, en una de las esquinas del eje vial en el centro histórico de San Luis Potosí.

Si al Sansón se le hacían siete trenzas de su abundante cabellera, a ella se le ajustaban ocho de su largo cabello castaño. Me gustaba dormirme sobre su exótica cabellera, arrellanado en ese lecho mullido me sentía como recién nacido, y soñaba, y soñaba, sueños totalmente iluminados de mil colores, colores indescriptibles, con pequeños seres y viajes a regiones remotas e ignotas del universo.

Además de su fuerza inaudita, sus grandes chiches y su exuberante cabellera, tenía unos muslos abultadísimos, y una cueva caliente lo mas cercano al infierno sobre la tierra. Era capaz de secar a un potosino para siempre en tan solo unos instantes.

Trabajaba de seis a diez de la mañana, siete días a la semana. Nunca se tomó un descanso, siempre había una larga fila de hombres frente a su puerta esperando turno. Yo viví con ella por un tiempo hasta su partida. Ella se fue una mañana de julio, a su lado nunca me faltó nada, siempre anduve como un autómatas. Me tenía como embrujado, o peor que eso, pero feliz, muy feliz. Una mujer así nunca volverá a pisar estas calles de adoquín, de eso pueden estar seguros.

Una mañana calurosa de julio regresé a casa después de varios días de borrachera. Se me hizo muy raro encontrarla ahí, pues a esa hora ella debería estar trabajando, a lo mejor estaba enojada conmigo por mi ausencia, abrí la puerta de la recámara con precaución y ahí estaba, sobre la cama, totalmente desnuda, acostada sobre su cabellera, con las piernas abiertas y dobladas

hacia arriba. Desde su cueva infernal salían y entraban millones y millones de pequeños seres como los que había visto en sueños, se estaban dando una terrible fiesta y andaban como borrachos, todos tenían unos bigotitos blancos de semen, se veían muy contentos.

Le dio gusto verme, me sonrió y luego dijo:

—Mira, el concepto de fiesta es totalmente desconocido para nosotros en nuestra galaxia, se están dando una fiesta de despedida porque ya nos vamos. Por favor no pienses mal de mi, en realidad soy una nave espacial, una vil maquina aquí y en cualquier lugar del universo. El semen de humano es algo muy valioso para nosotros, hicimos este largo viaje desde tan lejos nada mas para llenar nuestros tanques, y ahora esto nos alcanzará hasta el final de los tiempos. Venimos de un sistema planetario cuya estrella principal está situada en los confines de la vía láctea y es llamada Glugonia, es por esto que ellos se llaman a si mismos los glugonitos— me les quede mirando unos instantes a los enanitos hijos de puta, todos con sus bigotitos de semen, ya me estaban empezando a caer gordos, y luego le dije:

—No necesitas decírmelo, se les ve, se les ve, bola de golosos— dije esto, mientras me entraba una angustia indescriptible por el temor a perderla, enseguida le pregunté:

—¿ Y lo nuestro?—

—Ya te dije que soy una máquina, no soy una mujer aunque así te lo parezca, soy una exprimidora sideral— Si no fuera porque estaba viendo la escena no lo creería. De repente llegaron a mi mente muchas preguntas.

—Oye ¿por qué escogieron a San Luis, habiendo tantas ciudades mas grandes e importantes?—

—Ah!, porque los potosinos están bien lechados, y son bien pendejos—

Le iba a preguntar por qué me había escogido a mi, pero muchas veces es mejor quedarse con la duda, aunque se viva atormentado por el resto de la vida. Así que paré las preguntas.

—Pues a mi me vale madre que vengas de donde vengas y que tengas millones de hijos discapacitados, pero de aquí no sales, pase lo que pase. No ves que te quiero mucho y no estoy dispuesto a perderte así *nomás*—

—Mira, por favor no te empieces a poner potosino, no hay forma de que me detengas, así tienen que ser las cosas, por otro lado te agradezco mucho que me quieras, me hubiera gustado tanto ser una mujer de a de veras—

Nunca la había deseado tanto como en aquel instante, viéndola así, acostada sobre su enorme cabellera, con las piernas dobladas al aire y abiertas, su cuerpo transparente cambiando a cada instante de color, su cara de diosa. Me

entraron unas ganas enormes de poseerla por ultima vez, sin importar que aplastara a millones de esos seres imperfectos, es más, pensaba apachurrar algunos con la verga. A mi pobre pueblo lo exprimen los grandes capitales, los gobiernos, y ahora hasta de los confines del universo vienen a exprimirnos. No podía soportar eso, era demasiado para mi, ustedes deben de saber que soy de izquierda.

Intenté acercármele, la fiesta se suspendió de golpe, todos los pequeños seres voltearon a mirarme con cara de sanguijuelas siderales, me dio miedo. Me habían leído el pensamiento. Ella dijo:

—Ni se te ocurra, te dejarían seco en un pico segundo, cada uno de ellos vale por mil vampiros, además andan bien pedos, y en eso se parecen a ustedes los humanos, no entienden razones—

A una señal de ella, los enanitos de colores entraron en un instante a su cuerpo por su sexo, estaban muy disciplinados los hijos de la chingada.

—Bueno, es hora de irnos, me alegra haber podido despedirme de ti, pensé que nunca ibas a llegar por andar de pedote, adiós—

La virgen de las once mil vergas ascendió a los cielos entre millares y millares de estrellitas, y yo, *nomás* mirando, mirando, con el alma destrozada. Se han de acordar de esa mañana, fue el día de la pequeña y rarísima nevada de julio, cuando ella se deshizo de los excedentes.